

LA NARRACIÓN INOCUA: El 16 de junio de 1955 en *Ayer, hoy y mañana* de Mario Amadeo

Diego Poggiese*

U.N.S.

La historia ofrece al lenguaje los mecanismos de transformación de un episodio complejo en una multiplicidad de construcciones heterogéneas. Batallas heroicas y masacres inútiles confluyen en un límite cercano que genera la duda respecto de su evaluación. Del mismo modo, torpezas mayúsculas con resultado positivo son clarividencias sorprendentes, cobardías pueden ser astucias, y buenas intenciones, una vez derrotadas, son traiciones. Podemos multiplicar las posibilidades si además ponemos como fondo histórico la historia anterior o ulterior, en la que un determinado fenómeno cambia de dimensión por mérito o defecto de otro. Los textos históricos deben tener un compromiso con la verdad que algunos episodios históricos, demasiado difíciles de relativizar, pueden poner en dificultades. Las complejidades de las coyunturas políticas relativizan decisiones hasta un límite. Percibidos a más de dos generaciones, ni siquiera la comprensión epidérmica (o no) de la experiencia cuenta como elemento de comprensión. Los posicionamientos de los historiadores se perciben en la selección cuidadosa de los términos con que se enuncia un mismo episodio, y en la distinción de un adjetivo axiológico se juega la orientación causal de una narración histórica. Ciertamente, estas reflexiones apresuradas y arbitrarias sobre la narración de la historia son cuasi-empíricas: se desprenden apenas de la lectura de diferentes versiones del bombardeo que el 16 de junio de 1955 se descargó sobre la Plaza de Mayo. Esta primera parte de nuestro trabajo exhibe precisamente esta dificultad: cómo presentar el episodio. Hay una posición en el énfasis de Horowicz, que lo presenta como “un atentado terrorista en escala gigantesca, marcado por las traiciones internas, la torpeza de la ejecución y la gratuidad de bombardear un

* dpoggiese@fibertel.com.ar

trolebús o bombardear la plaza aún cuando el objetivo había fracasado” (Horowicz, 1986:132). Hay otra posición en Robert Potash (1986:258-260). Recortamos los hilos principales de su narración del episodio:

“los ardides de Perón exacerbaron las pasiones, lo que hizo *comprensible* el hecho de que Toranzo Calderón pensara en dar el golpe lo antes posible... *por desgracia*, no contó con el apoyo del ejército... cuando Toranzo Calderón tuvo la intuición de que había sido filmado en un complot tomó la *fatal* decisión de actuar antes de que lo detuvieran.”

En una suerte de bombardeo en defensa propia, el ajustado plan para tomar la casa de Gobierno falla por una conjunción de factores imprevistos. Enumeramos: el general Bengoa, cuadro fundamental para el éxito de la misión, no estaba en el lugar desde donde comandaría el movimiento de ejército sino en una asado en Buenos Aires; la orden de atacar fue recibida en Puerto Belgrano con dos horas de anticipación; no se habían impartido órdenes precisas para los simpatizantes civiles de la revolución. Por eso los hechos se reducen a este sucinto párrafo:

“Los hechos del 16 de junio de 1955 constituyen un cruento capítulo de la historia argentina, ya que armas de guerra, adquiridas con el ostensible propósito de defender a la nación contra una taque extranjero fueron empleadas contra los propios argentinos por miembros de las Fuerzas Armadas y por civiles armados. Las víctimas de ese día, entre muertos y heridos, llegaron a ser casi 1.000, la mayoría fueron civiles sorprendidos por la lluvia de balas y metralla que cayó sobre la Plaza de Mayo y las calles que van desde ella hacia el edificio del Ministerio de Marina.” (Potash, 1986:259)

Hay un episodio complejo, y las dos versiones del mismo episodio complican nuestra percepción: el que más lo desarrolla (Potash) es el que más esfuerzos hace para hacerlo ingresar dentro de un dominio propio de la racionalidad, encuadrándolo en diferentes marcas lingüísticas que trasladan las causas y le dan carácter de inevitable destino. Podemos multiplicar las perspectivas y encontrar que ninguna transita los mismos recorridos aunque propongan el mismo episodio. Alan Rouquié (1982:107-109) narra con mayor precisión la cronología del ataque, que se proponía la *liquidación física* del Presidente, *un tiranicidio* en el que lee la *naturalidad* de la idea de golpe de sus ejecutores. Así, conjuga militares *sinceramente creyentes* con la convicción de que se resolvía una situación con la eliminación del enemigo. Más allá de lo que

implica bombardear una plaza con civiles, en el relato de Rouquié el atributo de tener la *sangre fría* en el enfrentamiento es patrimonio del general Lucero, que dirige la *represión*. El fracaso del golpe tiene que ver con la poca fortuna y lo que se pone de manifiesto como medida del error no son los muertos, sino el hecho de que el golpe no había adoptado la elegancia de los *clásicos pronunciamientos, los paseos militares pacíficos y declamatorios*, sino que habían tomado las odiosas características de la guerra civil. Finalmente, si bien se habla de 300 muertos oficiales, y posibles 1000 o 2000 *enterrados a hurtadillas en la Chacarita*, en su narración Rouquié señala que es la CGT la que envía a los obreros a una matanza, con una orden de marchar hacia la plaza, que afortunadamente, no se cumple. Finalmente para Robert Crassweller (1998:307) es una *tragedia* estetizada en relación con los muertos¹ y una mala organización en términos de resultado, como si los muertos y el resultado político fueran parámetros dissociables.

Pero, si bien, nuestro trabajo no consiste en evaluar el lenguaje de la disciplina histórica, la variación valorativa que se pone de manifiesto en el lenguaje nos da la pauta de que nos enfrentamos con un episodio que debemos tratar con cuidado. El anacronismo, el relato familiar o el testimonio de los participantes tensionan nuestra capacidad de comprensión en la lectura de los ensayos que lo mencionan.

Debo apartarme del recorrido expositivo por un instante: hay una inquietud que en general me asalta y opera metodológicamente sobre las preguntas con que intento comprender una manifestación textual literaria vinculada a un hecho de esta naturaleza. Con las referencias previas intento hacer el esfuerzo de precisar las fechas y los datos para que la construcción del relato en el dispositivo ensayístico que pretendo analizar no caiga improductivamente en el juicio apriorístico sobre el hecho en sí. En general la barbarie se lee en las marcas de las víctimas, o en los discursos del enemigo vencido o por vencer. Sin conocer la lógica de las armas (si alguna lógica es posible de ser pensada allí), la idea de una borgeana “épica lluvia de fuego” sobre una población civil me resulta irrepresentable,

¹ “Entre las bombas, los infantes de marina que atacaban en las calles, la multitud de gente que corría por los alrededores y los activistas civiles que trataban de acudir en ayuda de los heridos, *el día se oscureció con la sombra de la muerte*”.(el subrayado es nuestro)

incluso en tiempos de guerra: quizás esté entre las formas más cobardes y arteras de distribuir la muerte por el azar de la ley de gravedad. Una representación gráfica contemporánea de estos ensayos, un clásico del comic argentino, me refiero a El Eternauta², presenta en la interminable serie de cuadros que abarca la nevada mortal de los Ellos la dimensión horrorosa de este fenómeno. Aún cuando mis preguntas se vinculan obre la comprensión de los dispositivos ensayísticos, las habilidades retóricas y performativas de los ensayos políticos de 1955, la sombra de un punto ciego, un tema que irrite y ciegue definitivamente mi posibilidad de comprender. La máxima adorniana que señala que pretender comprender un hecho aberrante implica comenzar a perdonarlo. Aunque también es posible pensar el modo en que la literatura interpela, aun plegándose, un momento de oscuridad. En ese sentido, creemos, debo volver a encaminar mi análisis.

Nuestro trabajo no consiste en una confrontación de los textos históricos en torno de los acontecimientos del 16 de junio de 1955. Y en relación con nuestro proyecto de investigación, que se ocupa de los ensayos de interpretación del peronismo, el episodio del bombardeo a la Plaza de Mayo es uno más en el conjunto de sucesos que conducen a la caída del régimen peronista y la consumación del golpe de Estado autodenominado Revolución Libertadora. El corpus ensayístico que analizamos tiene una perspectiva macroscópica que excede la puntualidad de un suceso encadenado en la etapa terminal de un proceso. Las cuestiones centrales se ordenan en pares dicotómicos que polarizan las expresiones reductoras de *peronistas* versus *antiperonistas*. La suspensión de las libertades individuales, de la libertad de prensa y de expresión, la cooptación de de los gremios por parte del Estado, las similitudes (al menos en una lectura apresurada) con los totalitarismos europeos, el bonapartismo, la demagogia, la crisis de las instituciones democráticas, la corrupción, el avasallamiento de las universidades nacionales, el revisionismo histórico resentido, las políticas reaccionarias y pragmáticas, las figuras arbitrarias de los líderes son algunos de los ejes de que se presentan en los ensayos de quienes se oponen al peronismo. El colonialismo intelectual, la

² Oesterheld, Héctor, Solano López, Francisco, 1º ed, 3 de septiembre de 1957, en la revista *Hora cero semanal*. Fue reeditada sucesivas veces, incluso en 1976, en que el destino de Oesterheld pareció fusionarse con el sus personajes, al convertirse en uno de los desaparecidos del Terrorismo de Estado.

voluntad de mantener los privilegios oligárquicos, la voluntad de las masas postergadas, las reivindicaciones laborales finalmente concretadas, aun cuando provinieran del Estado y no de la lucha de las clases trabajadoras, la posibilidad de ordenar una distribución social de la riqueza diferente, la traición de los intelectuales liberales, son algunas de las líneas principales de los que adscriben al peronismo. Más allá de las distribuciones cualitativas y cuantitativas de un gran conjunto de textos que configura este entramado, hay un ensayo de 1957 que pasa por este nudo problemático, en un recorrido que es a la vez temporal y lógico. Nos referimos al libro de Mario Amadeo, *Ayer, hoy y mañana* (1956). Este texto es un modelo de ensayo político, una pieza literaria a la vez que un análisis exhaustivo, una toma de posición ideológico-política pero también un posicionamiento pragmático en términos de política real, un programa futuro y una postulación para un lugar preponderante en ese programa. Mario Amadeo es una figura política que muestra de qué manera el hecho peronista, difícil de encuadrar en las categorías tradicionales de la política por sus singularidades populistas³, no fue un hecho maldito solo para las izquierdas argentinas. Maristella Svampa precisa brevemente el recorrido de Amadeo: “fue un nacionalista católico que se vio ligado a la revolución del '43 en sus inicios (y rápidamente decepcionado); cumplió un papel relevante en la oposición al peronismo y, finalmente, tuvo un cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores en el efímero Gabinete del general Lonardi” (Svampa, 2006:339). Seducido por una de las múltiples aristas contradictorias que presentaba el peronismo en su origen, Amadeo escribe su ensayo con posterioridad a su salida del gabinete del gobierno. Precisamente, cuando Aramburu reemplaza a Lonardi y comienza a abandonarse más crudamente la posibilidad del “ni vencedores ni vencidos” que funcionaba como una suerte de carta de intención primaria del golpe. Los nacionalistas forman parte de lo que María Estela Spinelli (2005:233 y ss.) denomina “los vencedores vencidos”, aquellos cuyos proyectos parecieron encontrar cauce con la “Revolución Libertadora”, y finalmente quedaron postergados por el que sostuvieron quienes hegemonizaron el poder tras el derrocamiento del peronismo. De todos modos, el ensayo de Amadeo es mucho más feliz y duradero que su vida

³ Cfr Laclau (2005), al respecto.

política. Su libro está dividido en nueve capítulos distribuidos en tres momentos. El primero se titula *Ayer*, y refiere en forma de testimonio la experiencia del peronismo y su participación como resistencia activa del régimen. En el segundo, *Hoy*, analiza distintas perspectivas respecto de lo que es el peronismo, para proponer una redefinición de los términos que se modificaron con el acontecimiento de este hecho. Construye un punto de vista, entonces, que pretende resultar lo más operativa posible para un proyecto de país definido sin Perón, pero con las huellas imborrables de su paso. Finalmente, en el tercer momento, *Mañana* presenta un programa político en el que se pueda poner en orden un país que se presenta, aun en crisis y sin destino cierto:

“En la versión de Mario Amadeo la crisis era “total”, comprendía las doctrinas y, también, las formas institucionales de la organización nacional (1953:93-5). El peronismo había revelado la crisis, mostrando el carácter perverso de esas formas de organización institucional, “poniendo frente a frente a dos Argentinas”. Amadeo ofrecía dos versiones del mito: una relataba la división entre “la Argentina de los dirigentes” y la “Argentina del pueblo”, la otra relataba la oposición de la Nación en “dos clases irreconciliables”. Semejantes divisiones, según sus palabras, “ponían en riesgo nuestro destino nacional” (Neiburg, 1998:101)

Teniendo en cuenta ese diagnóstico, que sitúa a Perón como alguien que había desperdiciado una oportunidad única de engrandecer al país (Amadeo, 1956:17), quienes se habían apoderado del poder en el '55 tenían la obligación de cerrar el ciclo de luchas y dedicarse a la construcción de su destino de grandeza.

“No hay hechos fatales en la historia y todos tenemos el poder de malograr nuestra vocación. Los países pueden frustrarse lo mismo que los individuos y muchas naciones han quedado a medio hacer, como edificios inconclusos abandonados por sus arquitectos. Depende de nosotros que no sea ése nuestro caso pues todo lo que podríamos pedir lo hemos recibido de la Providencia. (..) no podemos asumir el puesto de vanguardia si no somos capaces de superar con vigor y con tino nuestras dificultades internas (...) Si nosotros fracasáramos en ordenar nuestra convivencia, la única explicación valedera de ese fracaso radicaría en nuestra propia incapacidad.” (Amadeo, 1956:217)

Amadeo participó de los hechos del 16 de junio de 1955. Gran parte de su legitimidad para evaluar el peronismo *a pesar* de sus simpatías primeras se

construyen en los capítulos del libro que corresponden a *Ayer*. Y si el relato que construye para posicionarse como un antiperonista con todas las de la ley tiene dos dimensiones. Una de ellas es intelectual: Amadeo narra cómo comprende tempranamente que, a pesar del poder de seducción del entonces coronel (a quien conociera en la secretaría del ministerio de Guerra, en 1943) y de la aparente confluencia de preocupaciones políticas, no había posibilidad de ninguna solidaridad con Perón. De esquemas simples y vulgares, ambicioso y elitista, Perón no era, para Amadeo, ni siquiera un aliado posible y circunstancial (Amadeo, 1956:16-25). La otra dimensión es testimonial: cuenta en dos capítulos su experiencia del clima de persecución que imponía el peronismo y su participación en la conspiración que termina con su derrocamiento. En esta última, precisamente, encontramos las dos menciones al episodio sangriento del 16 de junio de 1955.

Hay una decisión en Amadeo: no narrar los acontecimientos del 16 de junio, sino incluirlos en el conjunto de sucesos previos y el marco de un plan determinado. Al primera vez que nombra el bombardeo, en el capítulo primero, recurre a un anacronismo que tiene que ver menos con la historia que con el género narrativo sobre el que construye esta historia.

“En abril de 1953 estalló el escándalo provocado por la muerte de Juan Duarte, al que Perón quiso cubrir con el episodio de las bombas de Plaza de Mayo. La represión tomó caracteres aun más violentos que en circunstancias anteriores y se instauró una especie de “terror” al que contribuía poderosamente el fundado rumor sobre aplicación de horribles torturas a los detenidos” (Amadeo, 1956:27)

Hay dos años entre el bombardeo a la Plaza y la muerte de Juan Duarte. Ciertamente, abril de 1953 marca quizás el momento en que más aguda se torna la crisis generada por las investigaciones de corrupción en el gobierno de Perón. Es posible que las torturas le sonaran novedosas a Amadeo (aunque una perspectiva anacrónica nos permita una duda sobre una práctica cuya tradición en la política argentina es muy anterior a la década del '50), y probablemente sea casual la mención de Lucero como alguien que lo apreciaba y estimaba, más allá de ser quien lleva a cabo la represión del ataque del 16 de junio. Es creíble que la maquinaria peronista de propaganda pudiera usufructuar de ese modo los hechos. A nosotros nos interesa otro aspecto: saltando diez años, el

episodio irrumpe dos páginas después de la mención de que su nombre hubiera aparecido en un informe secreto de actividades de espionaje. (Amadeo, 1956:23) La narración de los capítulos de la conspiración tiene, sin embargo, los ingredientes de una novela de espionaje. Concretamente, la entrada al movimiento revolucionario se narra en esa clave entre el mandato irrenunciable y las instrucciones ausentes que tanto se han explotado en las producciones de ese género.

“El 5 de febrero del año pasado me disponía a partir al campo cuando fui llamado con urgencia por mi joven amigo Jaime Mejía. Pocos minutos después me informaba que estaba comprometido en un movimiento revolucionario y que se deseaba de mí – en caso de estar yo de acuerdo con el mismo – una colaboración de importancia. De inmediato le contesté que no necesitaba pensarlo dos veces para prestar mi asentimiento pero que necesitaba – eso sí – saber con certeza si se trataba de una iniciativa seria. Mejía dio seguridades a ese respecto, y en cuanto al papel que debía yo desempeñar, me manifestó que me podría de inmediato en contacto con la persona que me lo asignaría.” (Amadeo, 1956:37)

Todos los ingredientes aparecen en germen en este primer relato: el compromiso verbal, las instrucciones secretas (se trataba de convencer al general Bengoa de que participara con su tropa) y lo que más interesante nos parece de este relato, una forma singular de manejar la tensión narrativa. Efectivamente, la narración se construye con tensión de permanente *estado de inminencia*. El dato inicia muestra la desproporción entre la magnitud de los hechos. Desde el “me disponía a partir...cuando fui llamado con urgencia...” que crea una tensión inmediata en el inicio del relato, al final del episodio en que el acuerdo de palabra había caído en un *stand by* más o menos prolongado, hay un efecto de disolución narrativa que pasa el núcleo de los episodios a una zona de incertidumbre y oscuridad. La maquinaria que se activa *con* la participación del narrador sigue su curso *sin* que él pueda participar. Inmediatamente y al lado de los sucesos centrales, el narrador participa en momentos esenciales, y sin embargo, las cosas pasan fuera de su rango de decisión. Hasta el advenimiento de los días de junio, la narración incrementa la tensión en los términos en que ese presenta la inmovilidad del aire que precede a la tormenta. De ese modo, por ejemplo, en dos páginas narra el episodio en que recibe la visita de la policía, que lo conduce a un interrogatorio, que podría

haber tratado sobre su participación en la conspiración, y sin embargo no le preguntan nada. Varias veces repetirá este mecanismo, para crear la sensación de terror maquinal que deposita en la opresión del peronismo.⁴ En la página 45 el narrador ingresa, de tercera mano, en un episodio que Potash también señala, aunque con el almirante Toranzo Calderón como protagonista:

“...fui llamado con urgencia por un pariente cercano. Me dijo que tenía algo muy grave y urgente que comunicarme. Se trataba de lo siguiente: un amigo suyo, que trabajaba en el servicio de informaciones de Aeronáutica le había manifestado que esa misma tarde había penetrado de modo casual en la sala de proyecciones (...) en el instante en que permaneció en el sala pudo ver, reflejada en la pantalla, una escena tomada en una calle larga, angosta y arbolada, por la que se alejaba un trolebús de tamaño pequeño (...)El informante, por su conocimiento interno de la dependencia, colegía que el servicio de informaciones había localizado la pista de un movimiento subversivo y había logrado identificar gráficamente a los conspiradores.” (Amadeo, 1956:45)

Ciertamente la escena se corresponde con una hipótesis de por qué Toranzo Calderón precipitó un ataque destinado al fracaso al saber que lo podrían detener. Pero lo que nos importa aquí es el modo en que el narrador se vuelve a poner en el lugar los hechos revolucionarios, ya que, a pesar de que el acceso a esa escena es aleatorio, inmediatamente después calca el mismo recorrido por el lugar reconocido en la escena del filme de tercera mano como “la casa del comando revolucionario”. Una cuestión que aparece interesante es la construcción del enemigo como una máquina: el ojo de la cámara es la continuación de la interrogación mecánica de la policía y se complementa con la acción que desde Perón comienza a dificultar los planes revolucionarios.

“disipada ya toda duda, comenzamos a buscar un teléfono porque mi compañero consideró indispensable comunicar enseguida la noticia a los jefes revolucionarios. La tarea no fue fácil porque Perón había decretado ese día un *paro* general en desagravio a la quema de la bandera, que adjudicó a los católicos.”(Amadeo, 1956:47)

Perón es una traba en la red de comunicación. Horacio González menciona en *Filosofía de la conspiración* que los trabajos más destacados de Perón en relación con asuntos militares, antes de acceder a la presidencia, tenían que ver con las cuestiones del contraespionaje. Casuales o no, la confrontación entre

⁴ En la página 58 (Amadeo, 1956) formula una referencia explícita a 1984 como analogía pertinente para el estado de terror que se vivía previamente al golpe.

los hombres, con nombres, con apellidos, que esperan agazapados el momento en que la máquina flaquea para golpear justo en ese punto que sería el núcleo de su fortaleza, apuntan a la idea del régimen como una estructura omnipresente pero internamente frágil, que una vez quebrada se derrumbaría como por arte de magia.

Pero el 16 de junio en sí merece un tratamiento diferente. En efecto, las cosas pierden ese cauce de pactos secretos entre caballeros y maquinarias bobas de control, y los aviones de marina descerrajan muerte sobre una plaza de civiles. Amadeo evita el juicio que no hubiera podido sostener, y apuesta por una perspectiva finalista:

“No voy relatar los acontecimientos del 16, conocidos por todo el país. La propaganda del gobierno los describió como una vil tentativa de asesinato colectivo, operada en medio de la impunidad y fruto de la traición. No me toca levantar esos cargos en cuanto conciernen a la Marina de Guerra, pues tiene ella voces autorizadas para hacerlo. Baste, a ese respecto señalar que sin 16 de junio muy difícilmente hubiera habido un 16 de septiembre. *Por lo que a nosotros los civiles concierne, estábamos llamados a una misión que nada tenía de vil ni de cobarde. Debíamos afrontar los máximos riesgos con el mínimo de defensas. El menor error de cálculo en la operación hubiera significado nuestro absoluto aniquilamiento. Y aun cuando todas las previsiones se hubieran cumplido, nuestra marcha por la plaza hacia la Casa Rosada se hubiera realizado bajo el muy probable fuego concentrado de las ametralladoras y fusiles apostados desde días atrás en los Bancos de la Nación e Hipotecario Nacional y en las azoteas del Ministerio de Hacienda. Por eso consideraría una cobardía moral mucho más grave que cualquier desfallecimiento físico, ocultar esta participación nuestra en virtud de menguados cálculos políticos. Un profundo sentimiento de congoja nos dominó a muchos al enterarnos de las muertes ocurridas ese día. Pero la protección de Dios y el azar de un día nublado no nos hubieran preservado del peligro, es más que probable que pocos de nosotros hubieran sobrevivido para contarlo.*”
(Amadeo, 1956:50)

Es la segunda mención del episodio, ahora no como efecto de la propaganda oficial sino como un acontecimiento complejo en el que el narrador ocupa un lugar a la vez central y desligado de la masacre. “De los muertos que responde la Marina de Guerra”, dice, “nosotros podríamos haber estado ahí”. Modificando las diferencias horarias (los fines narrativos se imponen sobre la verificabilidad de los sucesos) el narrador prolonga la espera del desenlace durante cuatro horas que ocupan más de dos páginas, llevando la tensión a ese punto en que la irrupción de los hechos es la única salida:

“En mi pliego de instrucciones se establecía que el plazo margen de espera sería de treinta minutos sobre la hora indicada. A las diez y median o había ninguna novedad y el cielo parecía más hosco que nunca. Como no debíamos volver a comunicarnos con el Ministerio hasta después de iniciada la acción no me era posible recabar nuevas instrucciones. Teóricamente correspondía licenciar nuestras “tropas”, pero resolví esperar un tiempo prudencial en previsión de inconvenientes que surgían a la vista. Así, en medio de una nerviosidad y decepción crecientes, iban pasando los minutos. A las once nada. A las once y media, nada. A las doce todavía no había novedad. Finalmente, alrededor de las doce y diez impartí la orden de desconcentración. Volvimos al cuartel general, al que poco a poco iban llegando algunos de los jefes de grupo, y nos disolvimos en un estado de ánimo mucho más deprimido que el que teníamos al reunirnos. Para nosotros la operación había fracasado. Media hora después de que abandonáramos las cercanías de la Plaza de Mayo caía la primera bomba sobre la casa de gobierno.”(Amadeo, 1956:49-50)

Después retoma la lógica de la narración anterior al 16 de junio, en que es narrador y protagonista de una serie de sucesos arriesgados y valientes que conducen desde su condición de prófugo hasta la celebración de la caída. De todos modos, nos interesa mucho menos la continuación de la historia como este punto ciego que significa el bombardeo. En efecto, Amadeo, estaba *ahí* en el corazón de la conspiración, en gestación misma del plan para bombardear y tomar la casa de gobierno. Pero si su tesis se proponía superadora de la crisis de divisiones en dos Argentinas irremediablemente enfrentadas, si la eliminación física del líder peronista suponía un paso necesario para la integración de un país sin divisiones excluyentes (aunque quedara claro a quién le correspondía el poder), el asesinato de entre doscientos y dos mil civiles, según las fuentes, no encuentra funcionalidad argumentativa ni programática. La descripción es irremediablemente operativa a la propaganda peronista, y Amadeo elige sortearlo con una sucesión hipotética: si los civiles que apoyaban la revolución hubieran estado ahí, también hubieran muerto. El modo de presentar los hechos, la selección de los datos, la construcción de un universo posible para que determinadas afirmación cumplan con las condiciones de verosimilitud son, según presenta Arenas Cruz, algunas de las funciones de la narración en el ensayo. El héroe incondicional, lúcido y dispuesto a todo que además piensa y analiza un mapa político complejo para presentar un programa encuentra un punto sin salida en un acto de barbarie. En las novelas de espionaje, el héroe es autónomo y solitario, la torpeza y el error son patrimonio

de las fuerzas institucionales. Sin el héroe, la seguridad de un país tambalea a pesar su potencia militar, porque solo la lucidez y el arrojo del héroe pueden sortear el borde del abismo. La narración de esta primera parte responde a esa combinación entre lucidez, convicción y decisión que legitimarían el análisis y el programa posteriores. La representación de un estado de conspiración y zozobra configuran el marco en que Amadeo, inteligentemente, resuelve las condiciones de posibilidad de su ensayo.

Debo hacer un nuevo salto sobre las inquietudes que me surgen en la lectura de este texto.: escribir un trabajo sobre la representación inteligente de un bombardeo imperdonable por principios supone una primera barrera para el investigador. Pretendí dejar sentado esto en la interrupción anterior del trabajo. En mi análisis, me limité a las habilidades formales del narrador en función de la tesis de su ensayo. Dejé sentado que existe una segunda dimensión operativa para esta narración en el ensayo: se trata de su valor de testimonio. Es decir, si las condiciones que construye con narración le otorgan condiciones de verosimilitud, el valor testimonial de quien puede narrar por haber estado ahí lo vuelve irrefutable, ya que la experiencia singular del narrador se vuelve incontestable. El valor del testimonio en el ensayo no agrega argumentos, pero limita refutaciones lógicas: quien no estuvo allí no puede refutar la experiencia del que habla. Sin embargo, este valor del testimonio confronta con la experiencia del lector que puede no comprender, desde su propia experiencia, la lógica de lo que está leyendo. Así, quien como en mi caso, nació y creció junto a la Base Naval de Puerto Belgrano, lugar desde el que partió el ataque, y creció oyendo relatos orales sobre el episodio, porque estaba entre las anécdotas de pueblo, el altruismo de los conspiradores militares entre lo que se mueve Amadeo se me representa como un muestra de exotismo, casi de realismo mágico. Resulta inverosímil, casi cercano a la imagen idealizada que solemos tener sobre lo que ignoramos, la lectura de ese estado de conspiración militar sostenida en libertades que, gustosos, ellos mismo suprimirían. Y a su vez, el testimonio literario de Amadeo se me confronta involuntariamente con su contracara trágica: el relato apenas susurrado (por vergonzante) de los operarios peronistas que la noche del 15 de junio fueron arrancados como rehenes de sus casas, y conducidos bajo coerción, a soldar las espoletas de las bombas que al día siguiente se arrojarían sobre la plaza. Ciertamente, del mismo modo no es mi compromiso como investigador contrastar la representación en sede ensayística de un episodio con la verdad histórica de los hechos, debo hacerme cargo de que este tipo de prejuicios operan en la

consideración de ensayos de interpretación política como este, y que aun con la mayor pretensión de asepsia aparecen y multiplican las complejidades del análisis.

Nuestro trabajo, mucho más modesto que la pretensión de responder a las inquietudes que fueron surgiendo en la escritura misma, pretendió analizar la resolución de una narración en un ensayo. Nos propusimos ver en qué medida ese mecanismo de estirar la tensión para relajarla totalmente a último momento, sin que se hubiera consumado el desenlace del núcleo narrativo presentado configuraban un marco en el que determinados sucesos y figuras se volvieran imprescindibles. Esos sucesos sostienen el análisis de la segunda parte del ensayo, así como la figura del narrador se legitima para llevar a cabo el análisis y proponer un programa. El bombardeo a la plaza de Mayo es un punto ciego para este proyecto, en la medida en que obligaría a desertar al narrador de los hechos o a negar la racionalidad de sus acciones. La construcción de una especie de novela de conspiraciones contra una maquinaria orwelliana desplaza la causalidad sobre el mismo régimen y a la vez permite al narrador despegarse de la mala realización del plan. Habíamos dicho que el ensayo era una importante obra literaria y a la vez un inteligente ensayo político: el modo en que resuelve la inclusión de un episodio que muestra en toda su dimensión la magnitud del enfrentamiento que se había gestado entre esas dos argentinas que él pretendía integrar es una de las muestras de puede ser pensado así.

BIBLIOGRAFÍA

- Amadeo, Mario, *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1956.
- Arenas Cruz, María Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- Crassweller, Robert, *Perón y los enigmas de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1988.
- González, Horacio, *Filosofía de la conspiración*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
- Horowicz, Alejandro, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. [1° ed, Legasa, 1985]
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2005.

- Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- Potash, Robert A, *El ejército y la política en la Argentina (II). 1945-1962. De Perón a Frondizj*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. [1° ed, Sudamericana, 1982]
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1982.
- Spinelli, María Estela, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos, 2005.
- Svampa, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus, 2006.